

7. LA IDEOLOGÍA DE LA “NEUTRALIDAD IDEOLÓGICA” EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Mediante el reexamen de las relaciones entre objetividad e ideología en el conocimiento social nos proponemos salir al paso de una doctrina (la de la “neutralidad ideológica”) que no obstante los golpes recibidos aún se obstina en mantenerse en pie.¹ Pretendemos asimismo demostrar que esa “neutralidad” no se apoya en sólidas razones, sino en justificaciones ideológicas. Dadas las limitaciones de espacio, nuestras ideas se presentan en forma de tesis que, al mismo tiempo que condensan nuestro pensamiento, permiten fijar con más precisión el blanco de la disputa.

Tesis 1. *No existe ninguna barrera insalvable entre las ciencias naturales y sociales: la especificidad de las ciencias sociales no puede eludir las exigencias de la cientificidad.*

¹ La tendencia a sustraer el conocimiento histórico y social a toda valoración y, por tanto, a situarlo en el marco de la “neutralidad ideológica” (aunque no se empleara esta expresión) tiene claros antecedentes ya a finales del siglo XIX en los neokantianos de la Escuela de Baden (Windelband y Rickert) y de modo explícito, como “ciencia libre de valores” en Max Weber, sobre todo en sus dos ensayos: “La objetividad del conocimiento en las ciencias y la política sociales” (1904) y “El sentido de la «libertad de valoración» en las ciencias sociales y económicas” (1917). Versión española de ambos textos en: Max Weber, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Península, Barcelona, 1971.

Ya el marxismo clásico, desde *La ideología alemana*, había sostenido la imposibilidad de una supuesta neutralidad de las ideas. Lenin fue categórico a este respecto: “...En una sociedad erigida sobre la lucha de clases no puede haber una ciencia social «imparcial»” (*Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*). Y agregaba: “Esperar una ciencia imparcial en una sociedad de esclavitud asalariada, sería la misma pueril ingenuidad que esperar de los fabricantes imparcialidad en cuanto a la conveniencia de aumentar los salarios de los obreros, en detrimento de las ganancias del capital”. Mucha agua ha corrido desde entonces (1913) por el puente. En la actualidad denuncian también la doctrina de la “asepsia ideológica”, revestida hoy con un nuevo ropaje: el del “fin de las ideologías”, buen número de investigadores sociales, inspirados por las tesis clásicas del marxismo. Véanse, a título de ejemplo, los siguientes ensayos incluidos en la excelente recopilación de I. Horowitz, *La nueva sociología*, en dos tomos, Amorrortu, Buenos Aires, 1969: Alvin W. Gouldner, “El antiminotauro: el mito de una sociología libre de valores”; Abraham Edel, “Ciencia social y valores; un estudio de sus interrelaciones”; Sidney M. Whilhelm, “Irresponsabilidad científica y responsabilidad moral”.

El fin propio de toda ciencia es conocer y a él subordina cualquier otra consideración. Pero, a la vez, como forma específica de la actividad humana, inserta en determinado contexto social, aun siendo un verdadero fin en sí, sirve a una finalidad externa que le impone ese contexto: contribuir principalmente al desarrollo de las fuerzas productivas en el caso de las ciencias naturales; contribuir al mantenimiento (reproducción) de las relaciones de producción vigentes o a su transformación o destrucción, cuando se trata de las ciencias sociales. Fin propio y finalidad externa de las ciencias se relacionan y condicionan mutuamente. El fin propio se persigue por una finalidad exterior y ésta se asegura cumpliendo el fin propio.

Es un hecho comúnmente reconocido que las ciencias sociales, por lo que toca al cumplimiento de su fin propio, se encuentran hasta ahora en una situación de precariedad e inferioridad con respecto a las ciencias naturales. Diríamos que su grado de cientificación es mucho más bajo, pero por otra parte en cuanto que aspiran a ser ciencias no pueden permanecer en ese estado de precariedad y, menos aún, eludir los requisitos indispensables de la cientificidad.

Ahora bien, la superación de ese estado no es asunto meramente teórico. El atraso científico, en este campo, como en el de las ciencias naturales en el pasado, responde primordialmente a causas sociales: las fuerzas opuestas a una transformación radical de la sociedad son las mismas que se oponen a que el conocimiento contribuya a esa transformación. El objeto mismo de las ciencias sociales hace de ellas — aún más que en el caso de las ciencias naturales — un verdadero campo de batalla en el que se enfrentan las ideologías opuestas de la conservación y la transformación del orden social.

Sin embargo, aunque los intereses de clase y las ideologías entren en conflicto más abiertamente en las ciencias sociales que en las naturales, en virtud de la diferencia de su objeto y de la finalidad exterior a que está sujeto su fin propio — el de toda ciencia —, ello no permite establecer una barrera insal-

vable entre ellas en cuanto ciencias. Tal barrera se establece cuando se renuncia, por ejemplo, a las características del método científico, probado ya en las ciencias naturales, y se echa mano, en nombre de la especificidad de su objeto (la realidad histórico-social) a métodos que excluyen sus características,² o también cuando en nombre de esa especificidad se proclama la imposibilidad de un conocimiento que no se disuelve en ideología.³ Ahora bien, la especificidad de las ciencias sociales — la que hace de ellas un campo de batalla ideológico — lejos de excluir presupone la cientificidad. De otro modo, no podrían ni siquiera llamarse ciencias.

Tesis 2. Las ciencias sociales — como toda ciencia — se caracterizan por su objetividad.

No nos referimos a la objetividad del científico entendiendo por ella una voluntad de sustraerse a su subjetividad considerada sobre todo en un sentido empírico, individual. Esta objetividad — o más bien actitud objetiva, imparcial — se revela como imposible y puede favorecer o no lo que entendemos propiamente por verdadera objetividad, pero no es la objetividad misma, que para nosotros sólo se da fuera del sujeto, ya sea en el método que aplica o en los resultados (teorías) de su actividad.

La objetividad del método es, sin duda, requisito indispensable en toda actividad científica. No hay ciencia sin método

² Ya los neokantianos de la Escuela de Baden habían tendido un puente insalvable entre las ciencias naturales (con su método generalizador) y las ciencias de la cultura (con su método individualizador). Rickert, a la vez que las separa radicalmente, mantiene a las ciencias de la cultura (ciencias sociales) en el limbo de la neutralidad valorativa, pues aunque se constata como un hecho la referencia a valores del objeto descrito, se trata a juicio suyo de una descripción del objeto individual, exenta de toda valoración.

³ El representante típico de esta posición en la sociología burguesa es Karl Mannheim (1893-1947), con sus dos obras fundamentales: *Sociología del conocimiento* (1927) e *Ideología y utopía* (1954). Pretendiendo llevar la doctrina marxista de las ideologías hasta sus últimas consecuencias niega que pueda existir un conocimiento social verdadero, objetivo. Al disolver la ciencia social en ideología, desemboca en un nihilismo gnoseológico.

objetivo y, por tanto, queda descalificada como tal la que prescinda de él tanto en el proceso de investigación como en el de exposición o verificación. Es lo que sucede, por ejemplo, con el método de la comprensión, simpatía o empatía, ya que no podemos determinar si es fiable el estado subjetivo que valida o verifica una teoría. Cuando se pretende captar la realidad social o histórica, los hechos sociales o humanos, por un desplazamiento a la experiencia directa, vivida del objeto, se cierra el paso a la ciencia social como conocimiento racional y objetivo. Los llamados métodos subjetivos (del tipo del *verstehen* o la empatía) nos dejan inermes ante el problema de determinar si estamos efectivamente ante lo verdadero, problema fundamentalmente objetivo.⁴ El método objetivo es propio de toda ciencia y ha sido probado ya a lo largo de siglos en el conocimiento científico-natural. Esto no significa que el método en las ciencias sociales haya de ser un simple calco del de las ciencias naturales, ya que en ellas hay que captar objetos que nunca se nos dan en sí, sino dentro de un sistema del que formamos parte (nunca estamos ante cosas sino ante relaciones sociales, humanas).⁵ En tanto que ciencias sociales, la objetividad toma en ellas un sesgo específico, sin quedar abolida.

⁴ Las objeciones que se han hecho reiteradas veces a la intuición como método de conocimiento se pueden extender también a todo método subjetivo como el de *comprender* (o "*verstehen*"). En efecto, no basta estar (si es que se está) en la verdad, sino que hay que probarlo, y la prueba ha de tener un carácter objetivo que ni la intuición ni el *verstehen* pueden aportar. La experiencia vivida (*erlebnis*) del "comprender" no puede romper, a la hora de la prueba, el círculo exclusivo de la subjetividad. (Un análisis crítico de las pretensiones y los resultados de este método puede verse en el ensayo de Theodore Abel, "La operación llamada «*Vers- tehen*»", incluido en la recopilación de I.L. Horowitz, *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, EUDEBA, Buenos Aires, 1964.)

⁵ La reducción del método de las ciencias sociales al de las ciencias naturales, defendida por el positivismo en todas sus variantes y practicada por todos aquellos que hacen de la ciencia social una ciencia natural (línea seguida por Durkheim, Radcliffe-Brown y continuada, en cierto modo, en nuestros días, por Lévi-Strauss) tiene como supuesto ontológico, no siempre confesado, la reducción de la sociedad a una parte de la naturaleza. El método positivista en las ciencias sociales ve asimismo — quedándose en la apariencia — a los hombres como cosas. Recuérdese a este respecto lo que Marx se propone en *El Capital*: descubrir la naturaleza social, humana, de las relaciones entre los hombres que se presentan como relaciones entre cosas.

Pero el problema de la objetividad no se reduce a este aspecto metodológico. El conocimiento científico es método y sistema en unidad dialéctica: camino adecuado para la obtención de verdades e integración de éstas como resultados en un cuerpo unitario o sistemático.

La objetividad de esos resultados así integrados (verdades, leyes, teorías) es la que permite caracterizar a las ciencias sociales propiamente como ciencias. La objetividad estriba, en primer lugar, en el hecho de que sus resultados teóricos no son una simple proyección o expresión del sujeto cognoscente (cualquiera que sea el modo como se conciba éste). El contenido de las verdades o teorías no es subjetivo; pero esta independencia respecto del sujeto, condición necesaria de la objetividad, no es la objetividad misma. Ésta se da en una relación peculiar del objeto teórico (verdad, teoría, ley) con el objeto real. Una verdad, una teoría, una ley es objetiva si representa, reproduce o reconstruye algo real por la vía del pensamiento conceptual. No se trata de una representación directa, reconstrucción literal o reproducción pictórica, lo que sería imposible en virtud de la distinción entre uno y otro objeto y en virtud, asimismo, de que el objeto teórico es un producto o resultado de la actividad teórica. Para que pueda hablarse de representación o reproducción en el pensamiento no es necesario hacer del conocimiento objetivo un simple calco o fotografía del objeto y, menos aún, establecer una identidad de propiedades entre el objeto teórico y el objeto real (ciertamente, el enunciado sobre la sal no es salado). Lo objetivo está en el objeto teórico en cuanto que reproduce como objeto pensado (o en el pensamiento) lo real.⁶ Pero si la verdad de un enunciado se da

⁶ Siguiendo a Marx en su Introducción de 1857 a los *Grundrisse*, mantenemos la distinción entre objeto teórico (lo concreto pensado) y el objeto real (lo concreto real), pero sin dar un carácter absoluto a esta distinción. Al mismo tiempo, tenemos presente como base de esta distinción la concepción del proceso de conocimiento como proceso, a la vez, de producción del objeto teórico y de reproducción en el pensamiento de este objeto real (como claramente lo afirma Marx en el texto citado). Por todo ello, el concepto de producción no tiene por qué tener consecuencias idealistas (como las tiene en Althusser), ni el de reproducción tiene que

en cuanto que representa o reproduce adecuadamente en el pensamiento lo real, decir objetivo es decir verdadero y en la expresión "verdad objetiva" el calificado sale sobrando, pues no puede haber otra verdad (como la pretendida "verdad subjetiva").

Encontrar, pues, la objetividad en cierta relación del objeto teórico con el objeto real, y por tanto considerar una teoría como independiente del sujeto por lo que toca, como hemos visto, a su valor de verdad, no quiere decir que el sujeto (entendido, sobre todo, no como simple sujeto psíquico, sino como ser social) esté ausente por completo de esa relación, particularmente en el conocimiento social que es el que ahora nos interesa. Nos referimos al sujeto que soporta o encarna todo un mundo de valores, aspiraciones, ideales, intereses, etcétera, dominantes en un contexto social y que rebasan el marco estrictamente empírico, psíquico, individual. Ahora bien, ¿es que la relación en que consiste la objetividad (objeto teórico-objeto real) se da al margen de ese mundo de valores, ideales, aspiraciones, etcétera, y sin que este mundo se haga presente, se filtre en cierta forma, en esa relación entre teoría y realidad en que, en definitiva, consiste la ciencia?

Pero entonces se plantea una cuestión como ésta: ¿hay propiamente un conocimiento (el de las ciencias sociales) que pueda descartar la presencia de esos valores, ideales, aspiraciones o intereses? Y si no puede descartarla — sobre todo en su contenido mismo — ¿puede hablarse en rigor de ciencia? Si la ciencia no es una relación a solas con lo real, sino mediada o mediatizada por un tercero que denominaremos ideología, ¿de qué tipo es esa relación: científica, ideológica, pseudocientífica, o científico-ideológica?

La pregunta nos arroja a la cuestión medular de las rela-

ser interpretado como calco o reflejo pictórico [como lo interpreta un marxismo simplista que se hace acreedor a los reproches de Marx (*Tesis I sobre Feuerbach*) a todo el materialismo anterior]. Acerca de todo esto, véase mi ensayo: "El teorismo de Althusser", en *Cuadernos políticos*, Núm. 3, México, D.F. 1975. [El lector puede consultar también más ampliamente mi libro ya citado: *Ciencia y revolución (El marxismo de Althusser)*.]

ciones entre lo científico y lo ideológico, lo que nos lleva inmediatamente a definir lo que entendemos por ideología. Es lo que hacemos en la siguiente tesis.

Tesis 3. La ideología es: a) un conjunto de ideas acerca del mundo y la sociedad que: b) responde a intereses, aspiraciones o ideales de una clase social en un contexto social dado y que: c) guía y justifica un comportamiento práctico de los hombres acorde con esos intereses, aspiraciones o ideales.

Esta definición amplia de la ideología toma en consideración tres aspectos fundamentales de ella: a) su contenido teórico; b) su génesis o raíz social, y c) su uso o función práctica. Por su contenido, la ideología es un conjunto de enunciados que apuntan a la realidad y a problemas reales, y entrañan explícita o implícitamente una valoración de ese referente real. Este contenido no es necesaria o totalmente falso; puede ser verdadero o contener elementos de verdad. Pero, incluso en este último caso, no se reduce a sus elementos puramente teórico-cognoscitivos. Comprende juicios de valor, recomendaciones, exhortaciones, expresiones de deseo, etcétera. La concepción de la ideología como total y necesariamente falsa (como forma de "conciencia falsa") es una generalización ilegítima de una forma particular, concreta, de ideología.⁷

⁷ Los partidarios de esta generalización suelen remitirse a Marx y Engels, quienes ciertamente han empleado el término "ideología" con este contenido tanto en una obra de juventud (*La ideología alemana*) como en trabajos posteriores (particularmente Engels en su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* y en su carta a Mehring, de 14 de julio de 1893). Pero es evidente que, en todos estos casos, no se puede ignorar la forma concreta y específica de ideología (la ideología burguesa) que ellos tienen a la vista. En otro texto (en el Prólogo a la *Contribución de la Crítica de la economía política*) encontramos un concepto amplio de ideología, en la que ésta aparece determinada ante todo por posiciones de clase. Un concepto así permite admitir, junto a una forma específica, de clase, la ideología burguesa, otras formas específicas, también de clase, como la de "ideología proletaria" o "socialista", claramente formulada por Lenin, que para él, como para Marx y Engels, no podía ser "conciencia falsa". Si se generaliza a toda ideología el concepto de "conciencia falsa" no se alcanza a ver cómo la ideología revolucionaria, proletaria, podría cumplir su función práctica (inseparable de una conciencia verdadera de lo real) y qué sentido tendría entonces la lucha ideológica y la formación ideológica de la clase obrera como elementos necesarios — junto a la lucha económica y política — en el proceso histórico de su emancipación.

Nuestra definición, en segundo lugar, pone en relación este contenido teórico con los intereses, aspiraciones e ideales de una clase social condicionada históricamente por el lugar que esa clase ocupa con respecto al poder y al sistema de relaciones de producción. En tercer lugar, se destaca la función práctica de la ideología como guía de la acción de los hombres en una sociedad dada. La ideología aspira a guiar su comportamiento y, al mismo tiempo, más que explicarlo — que es el fin propio de la ciencia — trata de justificarlo. Cabe decir que el fin propio de la ideología es, precisamente, el ejercer esta función práctica de guía y justificación de la acción. Mientras que la ciencia aspira a la verdad (representación o reproducción adecuada de lo real) y, de este modo, puede contribuir a la acción, la ideología tiende a cumplir ante todo su función práctica *c)*, adecuando para ello, si es necesario, esa reproducción de lo real, su contenido *a)* a ciertos intereses, aspiraciones o ideales *b)*, aunque esto se traduzca en la mayor parte de las ideologías de clase en un conflicto entre ideología y verdad.

Nuestra definición de la ideología comprende, pues, tres aspectos: *a)* teórico o gnoseológico; *b)* genético o social, y *c)* funcional o práctico.⁸

Definidas la objetividad y la ideología, podemos examinar ahora el modo de relacionarse entre sí ambos términos en las ciencias sociales. Pero para esclarecer el papel de la ideología en las ciencias sociales y cómo se hace presente en éstas, tenemos que subrayar, con respecto a esas ciencias, el papel inelu-

⁸El sociólogo polaco J. Wiatr ha elaborado una tipología de definiciones de la ideología, de acuerdo con la cual las divide en genéticas, estructurales y funcionales [Cf. *Czy zmierch ery ideologii*, (¿Declinación de la era de las ideologías?), Varsovia, 1966]. A nuestro modo de ver, como tratamos de poner de relieve en nuestra definición, en toda ideología se dan en unidad indisoluble los tres aspectos que se subrayan, por separado, en cada una de las definiciones de Wiatr. Una definición como la nuestra es aplicable tanto a una forma específica (burguesa) como a otra (proletaria); puede admitir, asimismo, las formas más diversas: como "conciencia falsa", como ideología en la que se mezclan y se oponen elementos de verdad y falsedad, y, asimismo, sin ver en ambos términos una contradicción ni atribuirles tampoco un valor absoluto, como ideología verdadera o, como dice Lenin, con una expresión que ha escandalizado a los defensores de la generalización ilegítima antes apuntada, como "ideología científica" (en *Materialismo y empiriocriticismo*).

dible e irreductible de la objetividad en ellas. Es lo que hacemos en la tesis que exponemos a continuación.

Tesis 4. *Las ciencias sociales en cuanto ciencias no pueden renunciar a la objetividad.*

Si se renuncia a la objetividad, se renuncia al conocimiento social como ciencia y éste queda reducido a simple ideología. Tal es la posición clásica de Mannheim.⁹ Para ello, hace suya la tesis de Marx de la determinación social del conocimiento; pero, acto seguido, la interpreta en el sentido de que todo conocimiento, por estar determinado socialmente, por ser clasista, es relativo y, por tanto, falso; es ideología en el sentido de "conciencia falsa", o representación deformada de la realidad, incompatible por consiguiente con la objetividad.

La interpretación de la relación entre un conjunto de ideas y el interés de clase, señalada por Marx como característica de la ideología (aspecto *b* de nuestra definición) en el sentido que le da Mannheim (relación = relatividad y ésta = falsedad), es una interpretación unilateral y ahistórica del pensamiento de Marx. Que el conocimiento responda a intereses sociales, de clase, e incluso los exprese, no implica necesariamente que sea falso. El propio Marx ha subrayado en su crítica de la ideología económica burguesa (la economía política clásica) los elementos de verdad que desarrollados por él contribuyeron a elaborar su teoría económica del capitalismo. Obviamente, Marx la tenía por verdadera a la vez que reconocía su carácter ideológico. La aplicación de la interpretación de Mannheim de las tesis de Marx al propio Marx implicaría la necesaria falsedad de su teoría social. Ciertamente de esto se trata: de enterrarlo con su propia pala. Por otro lado, la incompatibilidad entre relatividad del conocimiento y verdad objetiva es insostenible si se tiene presente que todo cono-

⁹ Cf. Karl Mannheim, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, Aguilar, 2a. ed., Madrid, 1966.

cimiento es aproximado y relativo en el sentido de que nunca podemos considerarlo acabado y absoluto. El conocimiento siendo aproximado, relativo, es verdadero (= objetivo). Toda la historia de la ciencia lo confirma.¹⁰

Finalmente, el propio Mannheim pretende recuperar el conocimiento objetivo al sostener que un grupo social —cuyo pensamiento por excepción está débilmente condicionado— puede escapar al relativismo, ya que es capaz de integrar en una síntesis los diferentes puntos de vista o perspectivas. Pero aparte de que esta objetividad no es propiamente tal (sino simple intersubjetividad), Mannheim tiene que demostrar no sólo que toda determinación social engendra necesariamente una conciencia falsa (tesis que ilegítimamente atribuye a Marx), sino también la tesis opuesta, la que le sirvió para tratar de enterrar al marxismo, a saber: que un grupo excepcional, privilegiado —la intelectualidad—, situado según él por encima de los intereses de las clases y de las luchas entre ellas, puede escapar a esa determinación y salvar así la objetividad en las ciencias sociales. Si primero excluyó la objetividad para disolver el conocimiento determinado socialmente en ideología, ahora excluye la determinación social para salvar el conocimiento objetivo (entendido como “síntesis” de puntos de vista relativos y partidistas).

De todos modos, aun en este reconocimiento deformado y a regañadientes de la verdad objetiva, vemos cuán difícil es renunciar a la objetividad en las ciencias sociales a menos que se renuncie franca y abiertamente a su científicidad. Pero esta objetividad no deja de ser específica como subrayamos en la tesis siguiente.

¹⁰ Lenin ha puesto de manifiesto esta dialéctica de lo relativo y lo absoluto en el proceso de conocimiento en estrecha relación con su objetividad. (“...La relatividad de todos nuestros conocimientos, no es en el sentido de la negación de la verdad objetiva, sino en el sentido de la condicionalidad histórica de los límites de la aproximación de nuestros conocimientos a esta verdad”, *Materialismo y empiriocriticismo*, en *Obras completas*, T. 14, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1960, p. 136.)

Tesis 5. *La objetividad de las ciencias sociales es valorativa; en ellas no se escinden objetividad y valor.*

La negación clásica de esta tesis es la doctrina weberiana que considera que la objetividad de las ciencias sociales requiere su “liberación respecto de los valores”. Para Weber los valores se establecen de un modo irracional, sobre la base de la fe y de las emociones. Por tanto, no pueden insertarse en una teoría científica. Objetividad y valor se excluyen mutuamente. El científico en cuanto tal (en su actividad y en sus teorías) debe ser neutral axiológicamente. La consecuencia definitiva de este planteamiento y solución es la separación radical entre hecho y valor, entre ciencia e ideología, o entre ciencia y política. Esta separación inspira posteriormente al neopositivismo y, en nuestros días, a los filósofos analíticos pretendidamente neutrales, así como a los teóricos de la “desideologización”. Dicha separación fue postulada hace varias décadas, en nombre del marxismo, por los teóricos de la socialdemocracia alemana¹¹ y, recientemente, por Althusser y sus discípulos.¹²

Esta línea de pensamiento que escinde objetividad y valor conduce a la negación del carácter específico de la objetividad

¹¹ En su *Concepción materialista de la historia* (la. ed. alemana, tt. 1-2, 1927-1929), Kautsky sostiene inequívocamente esta separación al afirmar que “el materialismo histórico es una teoría puramente científica que, como tal, no está ligada en modo alguno al proletariado”.

¹² En sus dos obras fundamentales, *Pour Marx* (1965) y *Lire le Capital* (1965) Althusser emprende una vasta y delicada operación teórica tendiente a “desideologizar” el marxismo para rescatarlo como ciencia. En esta empresa, el humanismo socialista, tras de ser asimilado al humanismo especulativo que el propio Marx combatió, es arrojado del campo de la teoría (de ahí su famoso “antihumanismo teórico”), y conservado o aceptado sólo como simple ideología. Esta separación radical de ciencia e ideología, o de ciencia y política, en el propio seno del marxismo, conduce a separar la ciencia histórica y social en cuanto tal (el materialismo histórico) del punto de vista de clase, del proletariado y de la práctica revolucionaria. En ello radica la “desviación teorizante” que el propio Althusser habría de reconocer y que, más tarde, sobre todo en sus últimos escritos (*Reponse a Lewis, 1973* y *Elements d' Autocritique*, 1974) se esfuerza en superar. A nuestro modo de ver, sin lograrlo, es decir, sin superar su teorismo originario, como tratamos de demostrar en nuestro ensayo citado: *El teorismo de Althusser*. [Posteriormente, de modo más extenso y argumentado en mi obra ya citada: *Ciencia y revolución (El marxismo de Althusser)*]

en las ciencias sociales. De acuerdo con ella, los objetos sociales no son simples cosas sino relaciones sociales entre los hombres aunque se presenten como cosas. Pero los hechos sociales no se suceden con la rígida determinación de los acontecimientos naturales, sino que son hechos en cuya producción pueden intervenir decisivamente los hombres en la medida en que toman conciencia de ellos y se organizan y actúan para producirlo. Por otro lado, no son sólo hechos sujetos a una determinación social sino valiosos. Es precisamente esta conjunción de hecho y valor, característica del comportamiento humano, la que impide tratar científicamente los hechos como cosas aunque en ciertas relaciones de producción se presenten cosificados. El enfoque positivista de los hechos sociales, partiendo de la escisión entre objetividad y valor, pierde de vista el carácter específico de la objetividad en las ciencias sociales y con ello deja de verlos como realmente son. Por otra parte la "neutralidad valorativa", al presuponer una visión de la sociedad en la que las relaciones humanas, sociales, se reducen a cosas, no es menos axiológica que aquella que por ver, ante todo, su carácter social, humano, no pretende excluir un enfoque valorativo.

Tesis 6. Los valores que tenemos presentes al rechazar la doctrina de la "neutralidad valorativa" son los que forman parte de las ideologías reales, de clase.

Los valores constituyen un elemento fundamental en toda ideología: matizan sus elementos cognoscitivos y enmarcan los fines con los que se pretende guiar el comportamiento práctico de los hombres.¹³ El destino de las relaciones entre ciencia e ideología se juega con respecto a ellos, como lo entendió muy bien Weber, y no puede escamotearse refiriéndose a los valores

¹³ Sobre los valores, véase el cap. VI de nuestra *Ética*, Ed. Grijalbo, la ed., 1969 (32 ed., 1982), México, D. F.

intrínsecos de la ciencia. Al afirmarse que el científico en cuanto tal hace juicios de valor, ya que debe optar constantemente entre una hipótesis y otra,¹⁴ no se puede caracterizar —con base en ello— a las ciencias sociales como ideológicas, pero también poco se puede esquivar esa caracterización. Ciertamente, el valor así considerado preside la investigación científica, y podría sostenerse incluso que toda teoría elaborada ha requerido toda una serie de valoraciones. Lo que Bunge llama "requisitos de la teoría científica o síntomas de la verdad" son en definitiva valores científicos. Toda ciencia, en efecto, cuando alcanza la sistematicidad, simplicidad semántica, consistencia externa, capacidad explicativa, etcétera, se instala en el reino del valor (científico).¹⁵ Ciertamente, esos requisitos existen como valores, pero no son ellos los que tiene en cuenta Weber cuando postula una "ciencia libre de valores" ni los que tenemos presente nosotros cuando rechazamos la "neutralidad ideológica" en las ciencias sociales. Son ellos los valores como elemento fundamental de una ideología en cuanto que colorean sus ingredientes teóricos y nutren los fines que guían la acción. Se trata de los valores sociales (políticos, morales, jurídicos, etcétera) que forman parte de una ideología práctica, real, de acuerdo con la definición dada anteriormente (Tesis 3). Ahora bien, ¿cómo se relaciona, se hace presente o se trasparenta esta ideología real, de clase, en las cien-

¹⁴ Tesis sostenida por R. Rudner en su trabajo: "The Scientist qua Scientist Makes Value Judgements", *Philosophy of Science*, 20, delimita su verdadero alcance: la valoración así entendida no tendría por qué ser valoración en otro sentido (moral) "ni en las ciencias naturales ni en las ciencias sociales" (Cf. Javier Muguerza, "Ética y ciencias sociales" en: *Filosofía y ciencia en el pensamiento español contemporáneo*, Ed. Tecnos, Madrid, 1973, pp. 280-281), con lo que una vez más, Rudner dejaría a salvo la "neutralidad valorativa" o "ideológica".

¹⁵ Mario Bunge, *Teoría y realidad*, Ariel, Barcelona, 1972, pp. 145 y ss. Bunge se limita aquí a exponer estos "requisitos" que, a nuestro modo de ver, pueden considerarse como valores científicos intrínsecos. Sin embargo, en un trabajo anterior (*Ética y ciencia*, Siglo XX, Buenos Aires, 1960), sostiene la tesis de que la ciencia no puede ser éticamente neutral; es decir, no puede sustraerse al reino del valor, entendido en este caso como valor moral y no simplemente como valor científico intrínseco (*Ética y ciencia*, op. cit., pp. 29-35.).

cias sociales? Las tesis siguientes pretenden dar una respuesta a esta cuestión.

Tesis 7. *La ideología es punto de partida, en el sentido de que toda ciencia social se hace siempre desde y con cierta ideología.*

En primer lugar, las ciencias sociales surgen en un marco ideológico dado, determinado a su vez por las relaciones de producción dominantes. Este marco se hace visible en los supuestos filosóficos de una teoría social o económica (acerca de mundo, del hombre, de las relaciones del hombre con la naturaleza, de la necesidad y la libertad, del individuo y la sociedad, etcétera). Así, por ejemplo, la economía política clásica descansa en el supuesto filosófico de una naturaleza humana inmutable y egoísta.¹⁶ La concepción de Parsons de la sociedad como sistema que autorregula, sin escisiones ni tensiones, su propia unidad, parte de una ideología burguesa del orden, de la conservación, del equilibrio. Sólo una ideología revolucionaria proletaria que impulsa a la transformación radical del orden social, puede inspirar una teoría — como la de Marx — que pone en el centro la lucha de clases y la plusvalía.

En segundo lugar, la propia tarea que se fijan las ciencias sociales no puede ser separada de una opción ideológica. Lo que el científico social espera de su ciencia variará considerablemente si opta por dejar el mundo como está o por su transformación. En un caso puede fijarse una imposible tarea neutral; en el segundo, vincular la ciencia a la práctica social.

En tercer lugar, la ideología de que se parte se manifiesta igualmente en los problemas que suscita y selecciona, así como en la preeminencia que adquieren en una teoría. Sólo partiendo de sus correspondientes posiciones ideológicas se puede

¹⁶ Sobre este supuesto filosófico de la economía política clásica (la antropología del *homo oeconomicus*), véase nuestro estudio "Economía y humanismo", en: C. Marx, *Cuadernos de París* (Notas de lectura de 1844), Ed. Era, México, 1974, pp. 26-27.

explicar el surgimiento y la preeminencia de problemas — como los de la explotación, la lucha de clases y la revolución — en la teoría social de Marx.

Finalmente, el método que adopta el investigador no está exento de supuestos ideológicos. Los métodos positivistas, naturalistas u objetivistas — como hemos visto — implican una visión ideológica de la relación del hombre con los objetos sociales. Algo semejante puede decirse también del individualismo metodológico (Popper-Watkins) en cuanto que presupone posiciones metafísicas y éticas propias de la ideología del individualismo burgués.¹⁷

Tesis 8. *La ideología impone también su marca en el contenido mismo de las ciencias sociales.*

El significado de los contenidos de los conceptos en las teorías sociales no es unívoco. Varía en función de las ideologías a las que están vinculadas. Así sucede con los conceptos de Estado, clase social, reforma, revolución, etcétera. Pero no sólo varía el contenido de un concepto sino el lugar que ocupa en el sistema en que se integra. Lo que en una teoría ocupa un lugar secundario, o no existe pura y sencillamente, desempeña el lugar central en otra (así sucede, por ejemplo, con los conceptos de "relaciones de producción", "lucha de clases" o "plusvalía"). La ausencia de ciertos conceptos en el contenido mismo de una teoría son igualmente reveladoras de posiciones ideológicas. Así, por ejemplo, se ha señalado en la teoría social de Parsons la ausencia del concepto de "imperialismo" o la falta de un análisis sistemático de la explotación o la superficiali-

¹⁷ Cf. a este respecto: Popper, K., *La miseria del historicismo*, Taurus, Madrid, 1961, y Watkins, J.N.: "Historical Explanation in the Social Sciences", en *Theories of History*, Gardiner, P. ed., The Free Press, Nueva York, 1959. Para una crítica del individualismo metodológico, véase: Pedro Schwartz: "El individualismo metodológico y los historiadores", en: *Ensayos de filosofía de la ciencia*. En torno a la obra de Sir Karl L. Popper, Ed. Tecnos, Madrid, 1970.

dad con que se maneja el concepto de "propiedad".¹⁸ Los ejemplos podrían multiplicarse asomándonos a cualquiera de las teorías demográficas, organicista o tecnocráticas acerca de los graves problemas de la época actual. Sería difícil no ver aquí el síntoma ideológico de la ausencia de conceptos-clave.

Por otro lado, tanto estas ausencias como la preeminencia de ciertos conceptos entrañan explícita o implícitamente juicios de valor acerca de la realidad social que se pretende explicar. Cabe decir incluso que el eje mismo en torno al cual se estructura la teoría queda marcado por la ideología (mientras la ideología burguesa, conservadora, de Parsons preside su sociología del orden, del equilibrio y la estabilidad,¹⁹ la ideología revolucionaria proletaria de Marx recorre, como un hilo de engarce, toda su teoría económica y social, así como sus investigaciones concretas).²⁰ Si todo esto es así, el contenido de la teoría en las ciencias sociales queda afectado ideológicamente no sólo en su significado sino en su estructuración misma.

¹⁸ Alvin Gouldner, *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1973, p. 53.

¹⁹ Sobre el contenido ideológico burgués de esta sociología parsoniana del orden y del equilibrio, véase: A. Gouldner, *op. cit.*, pp. 138-142 y 233-236.

²⁰ Toda la obra de Marx y especialmente sus dos descubrimientos capitales, según Engels: la concepción materialista de la historia y la teoría de la plusvalía, no pueden entenderse si no se ven ante todo como descubrimientos buscados por un revolucionario y no simplemente por un científico en su gabinete de estudio. Por ello, escribe Marx, refiriéndose a *El Capital* en su postfacio a la segunda edición alemana: "No podía apetecer mejor recompensa para mi trabajo que la rápida comprensión que *El Capital* ha encontrado en amplios sectores de la clase obrera alemana". (*El Capital*, trad. de W. Roces, Fondo de Cultura Económica, T. I, 3a. ed. esp., México, 1964, p. xvii). ¿Por qué habría de ver la "mejor recompensa" ahí y no en la comunidad científica, si no le hubiera inspirado ante todo la ideología revolucionaria proletaria? Esto es tan evidente que parece innecesario señalarlo; sin embargo, a la vista de ciertas recaídas científicas del marxismo, no está de más recordarlo.

Tesis 9. *La ideología determina el modo de adquirirse, transmitirse y utilizarse las teorías en las ciencias sociales.*

En la medida en que la investigación (particularmente los análisis concretos) se hace dentro del sistema de instituciones correspondiente y en la medida en que estos aparatos ideológicos oficiales responden a las necesidades y tareas de la clase dominante, la investigación social se halla determinada por la ideología de esta clase. Lo mismo cabe decir de la enseñanza de estas ciencias. Los planes de estudio, el predominio de una u otra concepción en las ciencias sociales e incluso la separación dentro de la Universidad, o en una misma escuela o facultad entre teoría de la historia, economía, sociología y teoría política se traduce en una fragmentación de la visión del todo social que impide tener un conocimiento de sus contradicciones e instancias fundamentales, así como de los factores determinantes y agentes decisivos del cambio social. Esto conduce, en los análisis concretos, a enmascarar las verdaderas causas o raíces sociales de los problemas. Las múltiples investigaciones actuales acerca de la delincuencia juvenil, la drogadicción, la violencia callejera, criminalidad, etcétera, tienen por base una división del trabajo científico social en esferas autónomas que impiden captar las causas y raíces que sólo pueden encontrarse en un análisis concreto, total.²¹ En cuanto al uso de

²¹ La situación de las ciencias sociales en las instituciones correspondientes varía notablemente en los países capitalistas desarrollados y en los países dependientes de América Latina. Mientras en los primeros se registra una tendencia a su crecimiento dentro de los lineamientos ideológicos del sistema, es decir, justificando las relaciones de dominación y explotación y mellando su filo crítico, en los países dependientes, en América Latina, su desarrollo es raquítico o tolerado en cuanto que las ciencias sociales pueden ser manipuladas y mantenidas al margen de los problemas vitales de la realidad nacional y social. Ahora bien, cuando esto no es posible, las ciencias desaparecen lisa y llanamente o se las coloca en una situación precaria dentro de la docencia universitaria y de la investigación. Sin embargo, en los últimos años se han producido en América Latina importantes investigaciones que promueven el conocimiento y la crítica de la realidad social y de los mecanismos de explotación. Igualmente cobra cada vez mayor fuerza la tendencia a una enseñanza y utilización social de estas ciencias acorde con los intereses y las necesidades de las más amplias capas populares. Pero todo esto se produce a despecho del sistema y, en la mayoría de los casos, con su franca oposición.

las ciencias sociales, cada vez mayor a partir de la segunda guerra mundial, se halla directamente determinado por exigencias ideológicas. Baste señalar el empleo de los científicos sociales no ya en las universidades e institutos de investigación sino al servicio directo del aparato político y militar del Estado, de lo que es un ejemplo elocuente la utilización en gran escala de los científicos sociales en la guerra de Vietnam.²²

Tesis 10. Ninguna teoría social es absolutamente autónoma respecto a la ideología y por ello no hay ni puede haber ciencia social ideológicamente neutral.

Esta tesis es una conclusión de las anteriores. No se trata de una norma (de lo que deben ser las ciencias sociales, sino de lo

²² La utilización puramente ideológica de los científicos sociales por las clases dominantes no es, en modo alguno, un hecho nuevo. Desde que Napoleón se rodea de sus egiptólogos en la antigua tierra de los faraones para no hablar ya de los conquistadores que en América se hacen acompañar de sus alquimistas ideológicos en cuestiones de "naturaleza humana", "salvación del hombre" y sancionamiento de las relaciones de dominación, a los científicos sociales se les ha pedido que aporten medios racionales de justificación de los actos de explotación y dominio. Toda una ciencia social —la antropología— surgió en el siglo XIX como una ciencia colonial, respondiendo a las exigencias de la colonización europea de otros continentes; no es casual que, en sus orígenes, fuese ante todo inglesa. Sin embargo, el uso ideológico institucionalizado de las ciencias sociales vinculado no sólo con el aparato económico y político sino incluso con el militar sí es un hecho reciente; surge sobre todo después de la segunda guerra mundial, con la potencia imperialista que desata la "guerra fría" y las guerras más o menos calientes; surge exactamente en los Estados Unidos y concretamente en relación con la guerra de agresión en Vietnam y la lucha contra las guerrillas en el sudeste asiático. Así vemos las investigaciones sociales encuadradas en los planes de la División Jason, directamente dependiente del Pentágono. Desde 1958, esta División, que cuenta entre sus miembros con no menos de cinco Premios Nobel en física, actúa como un verdadero Estado Mayor de la comunidad científica, cerca del Pentágono, pugnando por incorporar a los esfuerzos bélicos del imperialismo yanqui no sólo a físicos eminentes sino también a investigadores sociales de diversas ramas (sociólogos, demógrafos, antropólogos, psicólogos, etcétera). El arco de su actividad comprende desde las investigaciones para construir detectores electrónicos de las tropas enemigas (vietnamitas) hasta la preparación de proyectos sociológicos para la mejor aplicación de la táctica antiguerrillera en Tailandia. (Sobre las actividades de la División Jason, en las que debieran meditar los científicos "puros" que todavía hoy se resisten a aceptar las vinculaciones de la ciencia con la ideología dominante, particularmente en las ciencias sociales, véanse dos importantes artículos que nosotros hemos tenido en cuenta: Daniel Schiff, "La institución científica garante del orden"; Julien Brunn, "Trabajo científico y estrategia militar", ambos publicados en *Les Temps Modernes*, núm. 320, París, 1973.)

que efectivamente son). Puesto que la ideología influye en la selección de sus problemas fundamentales en la fijación de sus conceptos centrales, en el modo de concebir su propio objeto e incluso en el contenido interno de sus teorías del que no pueden descartarse ciertos juicios de valor, las ciencias sociales no pueden ser separadas de la ideología. Esta presencia de las ideologías impide su autonomía absoluta, pero el peso de ella varía de acuerdo con el aspecto que se considere: génesis, contenido o función. Mayor en su génesis y formación que en su contenido donde las exigencias de la científicidad impone limitaciones que la ideología no puede saltar; mayor aún en su uso o función, en el que se pone de manifiesto claramente su subordinación, como forma de actividad humana, a necesidades sociales.

Tesis 11. Si bien no existe al margen de la ideología que la determina, subyace, o se manifiesta en ella, la ciencia social es autónoma en cierto grado e irreducible a esa ideología.

No obstante el papel antes señalado (Tesis 8) de la ideología en el contenido interno de la teoría social (en la estructuración, significación y preeminencia, irrelevancia o ausencia de ciertos conceptos), los requisitos de sistematicidad y ordenación lógica impuestos por la científicidad establecen un marco estructural que no puede supeditarse a exigencias ideológicas. Estos requisitos imponen a la ciencia social cierta autonomía y le impiden disolverse en ideología a menos que se niegue a sí misma como ciencia. Por otra parte, como toda ciencia, es un cuerpo de verdades y, en cuanto tal, es decir, como conocimiento verdadero y objetivo, es autónoma respecto de la ideología. Esto significa que el valor de verdad de una teoría no depende de la ideología que ha permitido descubrirla, que se hace presente o se transforma en su contenido interno o que impone cierto uso o función práctica de ella. Ciertamente, la ideología burguesa en determinadas fases históricas ha contribuido a la cons-

pueblo de Vietnam, en tanto que por otro firmaban declaraciones de protesta contra dicha guerra.)²³

Ahora bien, si cada quien es responsable de sus actos en la sociedad en cuanto que afectan a otros, no hay ninguna razón para que el científico social se presente, al amparo de una "neutralidad ideológica" o "valorativa", como el ser humano excepcional y privilegiado que, al ejercer su actividad propia, no tiene por qué responder de sus consecuencias. Y puesto que, en definitiva, tal "neutralidad" no existe, la doctrina que ampara la irresponsabilidad del científico social no es sino una forma de la ideología burguesa destinada a servir al sistema que se beneficia con semejante "neutralidad".

Tesis 13. *La doctrina del "fin de las ideologías" es igualmente una forma de la ideología burguesa en las condiciones del actual capitalismo monopolista desarrollado o de la llamada "sociedad industrial".*

La doctrina del "fin de la ideología", que aflora sobre todo en los Estados Unidos al iniciarse la década del 60, se presenta por sus principales exponentes (Bell, Lipset y otros) como una exigencia de la "sociedad industrial"; la organización y dirección racional de semejante sociedad requiere —según ellos— un enfoque científico-técnico de los problemas sociales y con-

²³ "Esta ausencia de principios de los miembros del grupo Jason está presente tanto en el plano de sus actividades como en el de sus análisis. Toman parte en los esfuerzos de la guerra, pero al mismo tiempo firman peticiones exigiendo el cese de esos esfuerzos... Se trata de un método de comportamiento y de análisis institucionalizado... el método del *value-free*, libre de juicios de valor" (Julien Brun, artículo citado).

secuentemente la liberación de toda ideología.²⁴ De este modo, la ciencia social, así liberada, se convierte en "ingeniería" o "tecnología social", capaz de resolver los grandes problemas de la sociedad sin el influjo perturbador de la ideología. La vieja aspiración weberiana de una "ciencia libre de valores" se vuelve así la aspiración de una "ciencia libre de ideologías". Las ciencias sociales, al liberarse de la ideología, alcanzan su pleno estatuto científico y —como las ciencias naturales— permiten desarrollar una tecnología basada en ellas. Al mismo tiempo, es justamente el avance de la ciencia y la técnica lo que lleva a descartar el papel de la ideología en esta sociedad "desarrollada"; la ideología se admite sólo fuera de ella, como propia de países atrasados que, carentes de una ciencia y una

²⁴ Fue en 1955, en pleno hervor de la "guerra fría" y durante una conferencia, en Milán, del llamado "Congreso por la Libertad de la Cultura" —de tan infausta memoria para los intelectuales "amantes de la libertad" que, durante algunos años, mordieron el anzuelo que turbiamente se les tendía— cuando se habló por primera vez del "fin de las ideologías". Entre los que apadrinaron tan turbio nacimiento estaban Raymond Aron, quien años más tarde habría de reclamar la paternidad de la frase "fin de la era ideológica" (en un artículo suyo en *Preuves*, núm. 169, París, 1965), así como los sociólogos y filósofos norteamericanos Daniel Bell, Seymour M. Lipset, Arthur Schlesinger y E. Shils. Las tesis del "fin de las ideologías" se desarrollaron, constituyendo un verdadero cuerpo doctrinal, pocos años después, en 1960, en dos libros: Daniel Bell, *The End of Ideology. On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, Glencoe, Illinois, y S. M. Lipset, *Political Man, The Social Bases of politics*, Garden City, Nueva York. Desde entonces esta doctrina se ha desarrollado hasta convertirse en una tendencia influyente dentro de la sociología burguesa actual, particularmente en Estados Unidos, junto con otras corrientes teóricas afines, como las de la "sociedad industrial única" o de la "nueva sociedad industrial" (R. Aron y J. Galbraith), la de las "fases del crecimiento económico" (W. Rostow) y la de la "convergencia de los dos sistemas mundiales" (capitalismo y socialismo). Textos con posiciones opuestas en torno a la doctrina del "fin de las ideologías" se encuentra en la recopilación: C.I. Waxman (ed.), *The End of Ideology Debate*, Nueva York, 1968. Las tesis de esta doctrina son sometidas a un análisis crítico en el libro ya citado del sociólogo polaco J. Wiatr, *¿Declinación de la era de las ideologías?*, Varsovia, 1966 (no traducido hasta ahora al español) y en el del sociólogo soviético L. Moskvichov, *Teoría de la "desideologización": ilusiones y realidad* (versión en español, Ed. Progreso, Moscú, 1974). Una crítica de esta doctrina en relación con el contexto político norteamericano se encuentra asimismo en el ensayo: Stephen W. Rousseas y James Farganis, "La política norteamericana y el fin de las ideologías" (en I. Horowitz: *La nueva sociología*, t. II, Amorrortu, Buenos Aires, 1969).

técnica avanzadas, tienen que valerse de ideologías en sus proyectos de transformación social. Ahora bien, siguen sosteniendo los teóricos del “fin de las ideologías” que, en la “sociedad industrial”, dado su alto nivel científico y técnico, no se necesita ya la ideología, sino pura y simplemente una “tecnología social”, capaz de poner en práctica ambiciosos programas de reforma social.²⁵

Ahora bien, basta considerar los objetivos de estos programas sociales, su carácter reformista burgués, la eliminación de toda solución que afecte a los fundamentos y estructuras de la sociedad capitalista, así como la marginación de toda intervención activa de las clases oprimidas y explotadas en la concepción y decisión de esos proyectos de transformación, para comprender su carácter burgués, así como la naturaleza ideológica de la doctrina del “fin de las ideologías” o de la “desideologización” con que se pretende justificar la política reformista de aplicación de las ciencias sociales como “tecnología” o “ingeniería social”.

El entierro de la ideología a manos de la ciencia y la técnica

²⁵ La “ingeniería social” fue propuesta por Karl Popper (en sus obras *The Poverty of Historicism*, 1961; *The Open Society and its Enemies*, 1962, y *Conjectures and Refutations*, 1963, de todas las cuales hay edición en español) como una alternativa reformista a la política revolucionaria propugnada por el marxismo. Tras de condenar como utópicos los intentos (marxistas) de reconstruir radicalmente la sociedad como un todo (o, como él dice “la realización de bienes abstractos”, *Conjectures and Refutations*, p. 361), propugna “establecer la felicidad” no por “medios políticos” sino desplegando “nuestros esfuerzos” (*ibidem*, p. 361) para poner en práctica medidas parciales y directas (como por ejemplo, crear hospitales) encaminadas a combatir “males concretos”. ¿Ingenuidad del filósofo social o complicidad con el sistema y repudio ideológico de los intentos revolucionarios — que por otro lado no son incompatibles con la lucha por verdaderas reformas sociales — de transformar la sociedad “como un todo” De la doctrina del “fin de las ideologías” a la de la “ingeniería social” no hay más que un paso, ya que la aplicación de criterios científicos y técnicos, a expensas de los ideológicos, a cuestiones sociales se presenta como la consecuencia obligada, una vez que se ha sentado la falsa premisa del “fin de las ideologías” en la era de la sociedad industrial y de la revolución científico-técnica. En realidad, con la teoría de la “ingeniería social” y con las medidas adoptadas en nombre de ella lo que se hace es propugnar y aplicar el más craso reformismo, que a diferencia del de la socialdemocracia es clara e inequívocamente burgués. (Sobre las relaciones entre esta ideología del “fin de las ideologías” y su correspondiente “ingeniería social” y el *Establishment* norteamericano, véase el artículo antes citado de S. W. Rousseau y J. Farganis, en: I. Horowitz, *La nueva sociología*, op. cit., t. II, pp. 39-62.)

que se pretende con esta nueva doctrina no es sino una nueva forma de la ideología burguesa, estrechamente emparentada por su función con la de la “neutralidad ideológica”. Lo que se trata de enterrar es, en definitiva, toda ideología revolucionaria y con ello el papel que le corresponde como guía de la acción de las fuerzas revolucionarias en la transformación de la sociedad en una época en que el capitalismo padece su peor crisis. Por ello, los programas de reforma social mediante la “tecnología social” basada en las ciencias sociales se presentan como alternativa a la práctica revolucionaria de las masas, basada en el conocimiento científico de la realidad social y guiada por una ideología cuya muerte se proclama bajo el manto del “fin de las ideologías”. Con esta doctrina se trata, en definitiva, de contribuir a mantener las relaciones de producción y el poder en las condiciones de un capitalismo monopolista cuyo monopolio económico se pretende convertir en ideológico al proclamarse el fin de todas las ideologías, excepto, claro está, la que subyace en la doctrina burguesa misma del “fin de las ideologías”.

Tesis 14 y última. *La doctrina de la “neutralidad ideológica”, ya sea en la forma clásica de la “ciencia libre de valores” o de la más reciente de “ciencia libre de ideologías”, es una manifestación de la ideología burguesa ante la cual el científico social no puede ser indiferente.*

Puesto que, como hemos visto, la neutralidad ideológica es imposible ya que la ideología influye o se hace presente, en un sentido u otro, en el surgimiento de una teoría, en la búsqueda de la verdad, en el contenido interno de la teoría misma y en el uso o función práctica de la ciencia social, optar por la “neutralidad” o la “liberación” de la ideología es optar por cierta relación (conservadora del *statu quo*) con el mundo social. Se trata de una opción de valor no por la ciencia en cuanto tal, sino por la función que la ciencia social puede cumplir con respecto a la práctica social, y por tanto con relación a la

práctica misma. Se trata, pues, de una opción no puramente científica, sino ideológica. Después de su inserción cada vez mayor en los aparatos ideológicos del Estado, e incluso en los aparatos militares y de información, no puede haber ya — si es que alguna vez la hubo — una ciencia social inocente.²⁶

(1975)

²⁶ Por supuesto, al destacar aquí la inserción cada vez mayor de la ciencia social institucionalizada en el aparato político y militar del Estado, sobre todo en los Estados Unidos, no se desconocen los esfuerzos, incluso en ese país, de un buen número de investigadores sociales que no sólo tratan de escapar de esa inserción sino que luchan, en mayor o menor grado, contra ella. En este mismo sentido, cobra un relieve especial el empeño de un sector importante de los trabajadores latinoamericanos de la ciencia social que (desde la docencia y la investigación) procuran vincular su labor con las prácticas sociales transformadoras inspiradas por una ideología revolucionaria de la liberación nacional social. Todo esto no hace sino confirmar una vez más, la vacuidad de los intentos de confinar la ciencia social en el reino de una supuesta “neutralidad ideológica” que, en definitiva, como hemos tratado de demostrar, sólo encubre el empeño de “ideologizar” a la ciencia en un sentido burgués.